**EL SABOR DE UN BESO**

El timbre de la escuela sonaba siempre a las cinco. A las cinco en punto de la tarde, como repiquetean los versos de Lorca en su poema de muerte. Pero para nosotros era música celestial.

El primer zumbido, aunque ansiosamente esperado, sobresaltaba nuestros infantiles corazones. Apenas aguardábamos a la autorización expresa de la maestra para salir atropelladamente en busca de la libertad que en aquellas aulas nos era secuestrada.

Todas las tardes lo mismo. Emergíamos como una bandada de pájaros a los que, de pronto, se les abriera la portezuela de la jaula. Si en aquel momento me hubieran pedido definir el aleteo de los ángeles, las voces de los coros celestiales o el dulce susurro del viento sobre las espigas, no hubiera encontrado otra imagen sonora más expresiva que el timbre de la escuela ¡a las cinco de la tarde!

Pocos instantes después nos reuníamos en la esquina de siempre los cinco niños de nuestra camarilla. No pertenecíamos todos a la misma clase. No podíamos pertenecer. Yo era una niña y, entonces, no existían las aulas mixtas que muchos años después se implantaron. En cuanto a los cuatro chicos, no recuerdo si asistían al mismo curso, nunca se lo pregunté.

Fernando, Esteban, Benjamín y Móstoles eran mis cuatro amigos del alma.

Por la misma razón que las clases eran sexistas, mi pertenencia a un grupo masculino no estaba bien vista. Aún resuenan en mis oídos las admoniciones de mi madre:

- Elenita, eres un chicazo.

En realidad, ni siquiera me sonaba a reproche. Es más, creo que en el fondo me halagaba, no tanto por lo que en sí representaba el apelativo, como por la confianza que me inspiraba el poder mantener dignamente la identidad con aquellos muchachos, mis grandes amigos, sin desentonar ni temer verme un día rechazada.

A pesar de aquella condición impropia que se me adjudicaba, tenía bastante encandilados a los chicos, tal vez por mi melena rubia al viento, por mis incipientes protuberancias o, en una palabra, porque cuando estaba quieta, o formal, para entendernos, la gente me consideraba una niña mona. Lo notaba yo en las ávidas miradas de muchos niños al cruzarse conmigo, pero, sobre todo, en las deferencias que me prodigaban solícitos mis cuatro amigos de correrías.

El más tímido era Benjamín. Y el más arrojado Móstoles. Yo era bastante consciente de constituir el alma del grupo pues, en mis ausencias, cuando mi madre me venía a buscar para ir al médico u otro lugar cualquiera, ellos, los cuatro, se dispersaban y regresaban a sus casas mucho antes de lo habitual.

- Elenita, - me dijo un día Móstoles - ayer te echamos de menos.

Procuró que no se lo oyeran los demás, mientras sus mejillas se encendían. Yo se lo facilité callando y echando a correr, no sé si de vergüenza o de puro orgullo.

Retozábamos por el campo, trepábamos a los árboles, correteábamos persiguiéndonos alegremente, rodábamos por el suelo… Supongo que la de todos los niños es así, pero nuestra vitalidad se renovaba cada día, como el amanecer, en aquellas cabriolas.

Ah, eso sí, a las seis nos encaramábamos a la tapia para ver pasar el tren. Escogíamos cuidadosamente el lugar en que los puntiagudos fragmentos de cristal incrustado en su cima se hallaban más achatados, para evitar aquellos rasguños que, aun así, algunas veces nos marcaban las manos o las rodillas.

- Elenita, eres un chicazo –me repetía mi madre mientras me pasaba un algodón con alcohol por sobre la herida, aguantando yo el lamento que afloraba a mi garganta para no exacerbar su ira-.

Ver pasar el tiempo. Eso es lo que hacíamos encaramados en aquel muro frente al que alrededor de las seis se presentaba impávido, ajeno a todo lo nuestro, el tren. Justo al pasar frente a nosotros, gritábamos desaforadamente profiriendo múltiples incongruencias, escudados tras el anonimato de aquel traqueteo infernal. A mí me parecía que las prisas que llevaba el convoy hacían más viejos, más rápidamente viejos, a los viajeros cuyos rostros alargados tratábamos de identificar a través de los cristales de las ventanillas en que se perfilaban con dificultad.

Se me antojaba que se perdían toda la vida en aquellos vertiginosos intervalos, que su tiempo transcurría mucho más atropellado que el de todos los demás porque, a veces, la propia prisa por hacer cosas, por llegar no se sabe dónde, nos hace olvidarnos de lo verdaderamente importante: de vivir. Aquellos viajeros parecían precipitarse hacia el abismo. O hacia la muerte. Aunque en mi mente infantil me esforzaba por salvar a alguno de ellos imaginándole corriendo hacia el encuentro con su amada, hacia algún acontecimiento feliz, no sé si hacia el cielo. No obstante, la velocidad, como decía Vicky Baum, se le mete a uno dentro, aún más que la música. Y a mí me sucedía algo así con la de aquel tren.

Apenas acertábamos a asimilar tanta imagen sucesiva. Cada vez que, muchos años después, pulsaba el “fast-forward” del vídeo, comprendía que era la más pura identificación de aquella sensación infantil que procedía de ver pasar el tren como una secuencia vertiginosa e ininteligible de la vida.

Después, nos quedábamos unos instantes mirando en la lejanía cómo los rieles se iban cerrando como una cremallera tras el convoy. Nos imaginábamos hasta dónde podría llegar aquel camino de hierro que se perdía en un punto, allá en lontananza. Los demás no sé, pero yo concebía, con frecuencia, remotas y apasionantes aventuras tras aquella estela misteriosa.

Con ojos aún asombrados, tratando de liberarnos de aquel aturdimiento, descendíamos del muro a la realidad y tornábamos a nuestros juegos y nuestras irreflexiones.

Nunca nos dio por comentar el fenómeno del tren porque desbordaba toda nuestra capacidad de asombro. No hubiéramos tenido palabras para definir aquella especie de emoción súbita que nos embargaba durante aquellos escasos segundos. Era, simplemente, como un rito al que asistíamos respetuosos sin profundizar en su significado.

Así pasaban los días. Las tardes. Al llegar a casa, mi madre me preguntaba:

- ¿Cómo vienes tan tarde? ¿Dónde has estado?

Para preguntar lo mismo al día siguiente, sin parecer importarle demasiado la cuestión porque, en caso contrario, sabría lo que hacía a la salida de la escuela, después de que el solemne dictamen del timbre de salida llenara de emoción nuestros pechos infantiles. No la veía yo muy decidida a exigirme que llegara antes a casa, con lo que su tranquilidad se habría de ver perturbada. Y lo dejaba correr.

Mis cuatro amigos competían en habilidades, en diabluras, no sé si para impresionarme o para conquistar la jefatura del grupo como hacen los mayores. Y dicen que los animales. Era, simplemente, un objetivo tácito, natural y espontáneo, nada trascendente.

La puntería de Móstoles con el tirachinas era la habilidad más destacada. Hacía estallar las bombillas del alumbrado público con una precisión digna de mejor causa. Cuando lo lograba, echábamos a correr los cinco para no dejar rastro de nuestra nociva presencia.

A veces le atinaba también a un pájaro posado sobre cualquier acomodo y lo dejaba tieso. Lo hizo hasta que me oyó protestar. O tal vez no protesté para no desentonar pero, quizá sin poderlo evitar, emití en alguna ocasión un leve lamento. No necesitó manifestación más expresa. Ya no mató ninguno más. Ni comentó su transformación.

Cada uno con su especialidad, Fernando trepaba por los postes de la luz como si tuvieran peldaños. Se encogía y estiraba rítmicamente sujetándose con la entrepierna al gran madero hasta llegar a su cima. Una vez allí, descendía vertiginosamente dejándose escurrir hasta tocar otra vez el suelo. Nos quedábamos absortos contemplando la gesta. Los demás intentábamos imitarle pero no llegábamos ni a la altura de nuestras cabezas.

Era un ejercicio muy efectista. Aunque resultaba estéril. En eso de prodigar esfuerzos baldíos, cuando no nefastos, éramos, también, como los mayores.

Esteban era el más fuerte de todos. Capaz de saltar los cuerpos en fila de nosotros cuatro dando una voltereta en el aire. El día que caiga con la cabeza en lugar de con los pies, la vamos a tener buena, pensaba yo. Era callado y bastante pacífico. Hasta el día en que le dio una paliza a un niño que osó levantarme las faldas al pasar junto a mí. Sangraba por la nariz.

- Déjalo, Esteban. No ha sido nada.

Pero yo estaba orgullosa de aquella protección, aunque siempre simulé no necesitarla.

El más enigmático era Benjamín. Se limitaba a poner cara de asombro ante las proezas de los demás. A pesar de su timidez, tenía intervenciones esporádicas agudas e ingeniosas que nos hacían reír. Pero solo verbales. Tal vez con eso compensara su inhabilidad ya que nunca nadie cuestionó su pertenencia al grupo en igualdad de derechos. Ante mí, sin embargo, se sentía un tanto cohibido, como pidiéndome disculpas por su torpeza, contrariado por no poder optar a mi predilección con alguna habilidad sorprendente.

Así transcurría el tiempo. Para nosotros, todos los días eran iguales, hiciera frío o calor. Pero recuerdo que por entonces había llegado la primavera. Los grillos competían, en su frotación de élitros, con la ebullición de nuestros corazones que esa estación provoca en todos los seres vivos.

Ninguno de aquellos niños hacía distinción entre su condición y la mía. Yo era una más –no podría decir uno más- de la cuadrilla. Hasta aquella tarde de Mayo. Correteando como siempre, tal vez con más vigor que otras veces, como viniendo a cuento, Móstoles me sujetó por la cintura haciéndome rodar junto a él por el suelo entre exclamaciones y risas. Los demás se hallaban un poco apartados. Cuando me di la vuelta, los labios de Móstoles se posaron inesperadamente sobre los míos, paralizándome por completo.

Dejaron de cantar las tórtolas. Y de perseguirse, vertiginosos en el aire, los pardales. La hierba olía a frescor y a margarita. Móstoles se alejó inmediatamente, un tanto desconcertado, incorporándose al grupo que nos observaba absorto. La suave brisa refrigeraba mi rubor y me susurraba los ecos del verso de Pablo Neruda: “en un beso, sabrás todo lo que he callado”. Mientras me incorporaba y me sacudía el vestido, acudieron a mi mente incomprensibles percepciones, todas ellas nuevas, y me invadió un profundo estremecimiento, aunque, visto con perspectiva, tal vez no era el cuerpo sino el alma y mis primeras ansias lo que se me estremecía.

Al reunirme con los otros, apenas supe cómo afrontar el reencuentro. Me mostré silenciosa a pesar mío. Miraba de soslayo a Móstoles mientras me acercaba más a Benjamín tratando, supongo, de protegerme tras su candorosa timidez.

Llegada la hora, corrimos hacia la tapia para ver pasar el tren. Ya asomaba en la lejanía anunciándose con sus estridentes pitidos cuando, inesperadamente, Benjamín saltó al otro lado de la tapia, instalándose entre los dos rieles. Un grito espantoso emergió de todas nuestras gargantas.

- Sal de ahí, - le gritaban los que pudieron- sal de ahí, imbécil.

Mientras el tren se acercaba, aquel día con especial fragor y estrépito, Benjamín se plegó sobre las traviesas, boca abajo, cubriéndose la nuca con las manos. Y sobre esa postura del temerario e insensato muchacho, pasó el tren, indiferente como siempre, por encima de su cuerpo.

El traqueteo se nos antojó entonces más lento que nunca, de una premiosidad desesperante. El mundo quedó suspendido de un hilo a punto de quebrarse por el peso de nuestra irresponsabilidad. Aquellas ya no eran travesuras sino cosas muy serias para cuya digestión no estaba preparado nuestro aún débil estómago anímico. El tren tardaba y tardaba en pasar. Nadie osó mirar a los pasajeros tras los cristales de las ventanillas. Nuestros ojos penetraban hasta el fondo de la vía, hasta el lecho enigmático en que yacía Benjamín. Los gritos incongruentes de costumbre se asfixiaron en nuestras gargantas. No paramos mientes en rostros ni figuraciones. Finalmente, el último vagón fue dejando la acostumbrada estela de silencio progresivo tras su paso. Nuestros ojos se dirigieron al lugar de la insensatez.

Allí estaba Benjamín, inmóvil, encarnando su inconsciencia. De pronto, se levantó entre ufano y despavorido, echando a correr hacia la estación para tomar la salida ya que no era posible trepar el alto muro por la cara de las vías férreas. Nos bajamos de nuestra atalaya silenciosamente. Creo recordar que me quedé un rato paralizada.

- Será capullo – exclamó Móstoles –.

No esperamos a que Benjamín se nos incorporara. Nos fuimos silenciosamente disolviendo, cada uno hacia su casa. Como los ejércitos derrotados. Como los fariseos que condenaban a la mujer adúltera, cuando Jesús les denunció sus defectos. Abatidos.

Tardamos días en recobrar la normalidad de nuestras pequeñas escaramuzas. Días en que no fuimos ya a ver pasar el tren.

¿Cómo lo hiciste?

- ¡Bah! sabía que hay espacio suficiente entre las ruedas.

A pesar del susto, es cierto que Benjamín creció ante nuestros ojos. El valor es síntoma de gran corazón.

Pero le hicimos jurar que no lo haría nunca más, volviendo a nuestra apasionante rutina, en la que, paradójicamente, encontrábamos nuevos deleites cada día.

Así pasó el tiempo de nuestra infancia. Jamás comentamos Móstoles y yo lo de aquel beso que a él se le escapó y a mí me supo a misterio y a miedo.

En el período de dispersión y desde que alguno de ellos se puso a trabajar y yo me fui a la Universidad de Salamanca, perdimos el contacto. Sin embargo, no pude olvidarlos nunca y los mantuve como un bello recuerdo que se exhuma en las ocasiones críticas. Fue uno solo, pero cuando alguien después, incluido mi marido, me diera un beso, me asaltaba dulcemente el atrevimiento de Móstoles sobre la hierba. No es que lo añorase, no, pero fue el primero.

Pasó el tiempo. Mucho tiempo. Hube de viajar bastante por mor de mi profesión de abogada y siempre que pude lo hice en tren. Nunca percibí que llevara tanta prisa ni que aquella velocidad hiciera más viejos, más rápidamente viejos, a los viajeros como de niña me pareciera. Durante aquellos viajes era yo quien trataba de descubrir a los niños sobre las tapias para enseñarles la lengua y decirles por lo bajito que ninguno de ellos era tan arrojado como Benjamín el tímido, que se tumbó bajo el tren para impresionar a aquella niña rubia y traviesa que era yo, no sé si para protestar por el beso de Móstoles o para competir con él en intrepidez y hacerse dueño del territorio.

Desde entonces, entró y salió mucha gente en mi vida, pero solo aquellos verdaderos amigos habían dejado huella en mi corazón. Porque ellos creyeron en mí. Y conocí gente en la más triste de las soledades mientras yo siempre, aun sin ellos saberlo, conté en la distancia con su inolvidable amistad. Los sentí, cada uno con sus armas, compitiendo con el arquitecto Juan Tobías Marichalar y Ajuria, mi marido. Nunca se lo dije, pero aquella nostalgia me hizo demasiadas veces comparar sus actitudes hacia mí con las que en mi imaginación presumía que ellos hubieran adoptado.

Pero hoy se me ha hundido el mundo bajo mis pies. Hace unos días recibí una llamada telefónica bastante misteriosa:

-¿Es usted la letrada Doña Elena Rubio Torróntegui? –

- Sí ¿quién es?

- Eso no importa. Si se acuerda usted de Móstoles… le necesita. Vive donde siempre.

No me dijo más. Estuve pensando unos minutos, pero pronto decidí hacer aquel viaje de regreso a mi infancia. He tomado el tren esta mañana y ya estoy aquí. No esperaba esto. Móstoles se halla postrado en una silla de ruedas con alarmantes síntomas de Alzheimer. Sus hijos me comentan que cuando comenzó su terrible enfermedad exclamaba entre suspiros con bastante frecuencia ¡Elenita!

- Para nosotrosera un enigma –me decían-, no teníamos ni idea del significado de aquellas exclamaciones. La enfermedad se fue agravando y apenas reconocía a nadie de su entorno, pero la expresión seguía nítidamente saliendo de su boca: “Elenita”. Un día ocurrió que vino a verle uno de sus amigos de siempre. Al principio no se dio cuenta pero al cabo de unos días de oírle exclamar lo mismo nos dijo: “¿A ver si se está acordando de una novia que tuvo cuando éramos adolescentes?”. Usted perdone, nuestro padre sufría, más que por la enfermedad, por aquel presunto recuerdo, así que preguntamos a su amigo que si sabía algo de aquella niña de ayer. “Ya lo creo, es una abogada famosa que vive en Madrid, se llama Doña Elena Rubio“. Él mismo se brindó a llamarla a usted. Nosotros no nos hubiéramos atrevido.

Pasé a ver a Móstoles. En realidad se llama Juan, Juan Móstoles, cosa que nunca supe hasta hoy. Estaba irreconocible, macilento, inexpresivo, con la cabeza ligeramente inclinada, en su silla de ruedas. Le tomé de la mano. Hizo un leve gesto de mirar a quien le ofrecía aquella comunicación y tan pronto como vio mi rostro se iluminaron sus ojos exclamando instantáneamente con gran dificultad expresiva:

¡Elenita!

La verdad es que no estoy segura de que me reconociera. Interpretamos todos que aquel pronunciamiento no era sino uno más de cuantos, al parecer, emitía últimamente.

Por si acaso, sin embargo, no pude reprimirme de darle un beso en los labios. Un casto beso. Sé que no se habrá apercibido de mi gesto espontáneo; sé también que no le habrá sabido como a mí me supo aquel suyo, pero sé, sobre todo, que con ese beso he pagado parte de la deuda que con aquellos recuerdos, con aquellos sueños, contraje.